

# EL PUNAL DEL GODO,

DRAMA EN UN ACTO.

A MI BUEN AMIGO

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

A tí, que sabes la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque escudado con tu nombre serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas pues á su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

Madrid, 20 de diciembre de 1842.

JOSÉ ZORRILLA.

## PERSONAS.

DON RODRIGO.  
EL CONDE DON JULIAN.

TEUDIA, noble godo.  
ROMANO, monge eremita.

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo en Portugal, la noche del día 9 de setiembre de 719.

## ACTO UNICO.

Interior de la cabaña ó ermita del monge Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pié hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitacion que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las juntas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

### ESCENA PRIMERA.

EL MONGE ROMANO, A LA LUMBRE.

¡Qué tormenta nos amaga!  
¡Qué noche, válgame el cielo!  
Y esta lumbre se me apaga...  
¡Si está lloviznando hielo!  
¡Cuán grande á Dios se concibe

En aquesta soledad!  
¿De quién sino de él recibe  
Su aliento la tempestad?  
¿Cuyo es el terrible acento  
Y el fulgor que centellea  
Cuando zumba airado el viento  
Y el zénit relampaguea?  
¿Quién peñas y árboles hiende  
Con la centella veloz  
Como segador que tiende  
Las espigas con su hoz?  
¿Quién sino Dios, que se asienta  
Sobre las nubes sereno  
Cuando en las nubes revienta  
El fragor del ronco trueno?  
Señor, que de las alturas  
De tu omnipotencia ves  
A tus pobres criaturas  
Que se arrastran á tus piés;  
Deten, Dios bueno, tus iras,  
Deten tu justo furor

ACTO UNICO.

473

Si justa saña respiras  
Contra la obra de tu amor.  
Pudiste en un punto hacerla,  
Y tu inmensa potestad  
Puede en otro deshacerla,  
Si tal es su voluntad;  
Mas considera, Dios mio,  
Que vas á igualar asi  
Al que te se aparta impío,  
Y al que se postra ante tí.

(Un momento de pausa.)

Mas tanto tardar me estraña,  
Y estoy temiendo por él...  
¿Porqué deja la cabaña  
En una tarde tan cruel?  
¡Válgame la Virgen Santa!  
Si á espesar la lluvia empieza,  
¿Cómo con segura planta  
Podrá subir la aspereza  
De esa desigual garganta  
Por dó la senda endereza?  
¡Infeliz! ¡cuánto en el mundo  
Lleva sin duda sufrido!  
¡Cuánto es su dolor profundo,  
Y cuánto está arrepentido!  
Mas siento pasos... parece

(Abre y dice afuera.)

Que llega ya... entrad ligero,  
Que la tempestad acrece.

### ESCENA II.

ROMANO; TEUDIA, EMBOZADO.

Teud. Gracias.

Rom. ¿Mas quién se guarece  
De esta choza?

Teud. Un caballero.  
(Entra Teudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)

Sorprendido os hais quedado.

¿Qué es lo que teneis, buen hombre?  
Rom. ¿Y no quereis que me asombre  
De que hayais aquí llegado?

Teud. En verdad, que es aprension  
Tener, como una cigüeña,  
En la punta de esta peña  
Un hombre su habitacion.

Rom. Mis votos me retrajeron  
A esta triste soledad.

Teud. ¡Monge sois! Oh, perdonad  
Mis palabras si os pudieron  
Ofender.

Rom. No, en modo alguno.  
Acogime á esta montaña  
Sin creer que gente estraña  
Me hallara en tiempo ninguno.

Teud. Si os estorbo...

Rom., interrumpiéndole. ¡Aparte Dios  
Tal pensamiento de mí!  
Contento os tendré yo aquí  
Como esteis contento vos.

Teud. Yo estaré siempre contento,  
Que mil noches he pasado  
Peor acondicionado  
En mitad del campamento.

Rom. ¿Soldado sois?

Teud. Hélo sido;

Porque sali de mi tierra.

Rom. ¿Os cansaba ya la guerra?

Teud. No, pero nos han vencido,  
Merced á infames traidores,  
Y evito la suerte huyendo  
De vivir esclavo siendo  
De mis fieros vencedores.

Rom. Mas huir...

Teud. Téngase, anciano:

Contra ellos se alzó bandera  
Y yo voy adonde quiera  
Que la defensa un cristiano.  
Pero fatigado estoy:

¿Teneis algo que cenar?

Rom. Fruta seca os puedo dar:  
No es regalo.

Teud. Sóbrio soy.

(Romano le pone delante algunas frutas  
y una vasija con agua. Teudia come  
y bebe.)

Rom. Ea pues, tomad, sentaos.

Dadme la capa, os la cuelgo.

Teud. Que asi me trateis me huelgo;  
Mas yo...

Rom. No, vos calentaos,  
Que bien lo necesitais.

Teud. Buen viejo, por Dios que sí.  
(Romano mira á la parte de afuera,  
teniendo abierta la puerta.)

Pero, ¿qué haceis ¡pese á mí!

Que esa puerta no cerrais?

¿No veis que empieza á llover

Y el aire no hay quien resista?

Rom. Eso es lo que me contrista.

Teud. ¿Pues qué nos da que temer?

Rom. Nada: por un compañero

Siento en verdad pesadumbre.

Teud. ¿Fuera está?

Rom. Sí.

Teud. Ya costumbre

Tendrá en ese ruin sendero.

Rom. ¡Ay infeliz! no lo sé.

Dios en sus piés ponga tino.

Teud. ¿Pues no conoce el camino?

Rom. No siempre.

Teud. Torpe es á fé.

Rom. Hablad de él con mas respeto,  
Que aunque es hoy bien desdichado



Hombre es que no fué criado  
De invectivas para objeto.

*Teud.* Perdonad.

*Rom.* De ello no hablemos;  
Sabedlo, que no es de mas.

*Teud.* Si es que me juzgais quizás  
Util, descender podemos  
A ayudarle.

*Rom.* No es preciso,  
Que todo el auxilio humano  
Le fuera ofrecido en vano;  
Mas estemos sobre aviso.

(*Va á la puerta otra vez.*)

*Teud.* ¡Si equivocado me habré  
Y á caer habré venido

En la cueva de un bandido!  
Veamos.) ¿Buen viejo?

*Rom., volviendo á la escena.* ¿Qué?

*Teud.* Yo, como soldado, soy  
Algo hablador y curioso.

Decidme pues, si enojoso  
Con mis preguntas no estoy:

Puesto que es un compañero  
Ese hombre á quien aguardais,

¿Porqué recelando estais  
Que no dé con el sendero?

*Rom.* Porque es capaz por sí mismo,  
Si su demencia le apura,

De abrirse la sepultura  
En el fondo de ese abismo.

*Teud.* ¡Jésus! ¿la mente le falta?

*Rom.* De lo pasado el recuerdo  
Le pone tan sin acuerdo,

Que algunas veces le asalta  
Una fiebre tan cruel,

Un delirio tan insano,  
Que no hallo remedio humano

Que pueda acabar con él.  
Y aunque ó engañado estoy

O ningun acceso extraño  
Le ha acometido hace un año,

Me temo que le dé hoy.

*Teud.* ¿Y sabe de él la razon?

*Rom.* Guarda un silencio profundo  
De lo que le hizo en el mundo

Tan íntima sensacion.  
*Teud.* Picais mi curiosidad;

De historia debe ser hombre.

*Rom.* Me ha callado hasta su nombre.

*Teud.* Padre, ¿os burlais?

*Rom.* No en verdad:  
Cinco años hace que vino

A demandarme asistencia  
En una grave dolencia,

Y estuvo á morir vecino.  
Mas sanó al fin, y tornar

No quiso al mundo otra vez,  
Viviendo en esta estrechez

Con una vida ejemplar.

¡Oh! si él su perdon no alcanza  
Con vida tan penitente,

No sé quién sea el viviente  
Que de ello tenga esperanza.

*Teud.* ¿Mas no decís que está loco?

*Rom.* Dejóle su enfermedad  
Estrema debilidad

Que hirió su cerebro un poco.  
Y cuando en algun acceso

El desdichado no entra,  
Es un hombre en quien se encuentra

Mucho valor, mucho seso;  
Mas cuando el mal le acomete,

¡Oh! entonces es estremado.

*Teud.* ¿Pero nunca os ha contado...?

*Rom.* Jamás; y si se le mete  
Conversación de su historia,

Segun que tiembla y se espanta,  
Parece que se levanta

Un espectro en su memoria.

*Teud.* ¡Es bravo caso á fé mia  
Y que atencion me merece!

¿Y en qué da cuando enloquece?

*Rom.* En una horrible mania.  
Tiene consigo una daga

Que jamás del cinto quita,  
Y dice que está maldita;

Y que á su existencia amaga;  
Y en su demencia al entrar

Esclama con gran pavor:  
« Con ese puñal traidor,

Con ese me ha de matar

*Teud.* ¡Raro es por Dios! ¿Y conviene  
Con período ó dia alguno

Fijo su mal?

*Rom.* Hoy es uno;  
El mas terrible que tiene.

*Teud.* ¡Hoy!

*Rom.* Por eso es mi recelo  
Mayor.

*Teud.* ¿Sabeis si ese hombre es  
De esta tierra?

*Rom.* ¿Portugués  
Creo que no.

*Teud.* ¡Por el cielo  
Que á ser español podria

Su demencia comprender!

*Rom.* Pero ¿qué tiene que ver  
Ese mal con este dia?

*Teud.* ¡Hoy es un dia de hiel,  
De luto y baldon y saña

Para la infeliz España!  
Y ¡ay de quien fué causa de él!

Mas hablemos de otra cosa.  
¿Vos sois portugués?

*Rom.* Sí soy;  
Mas once años há que estoy

Morando aquí.

*Teud.* ¿Y no os acosa  
El deseo de saber

Lo que por el mundo pasa?

*Rom.* Dióme el dolor tan sin tasa  
Y con tal tasa el placer

Ese mundo que mentais,  
Que los dias de mis años

Conté en él por desengaños  
Y huyo de él.

*Teud.* Y lo acertais.  
*Rom.* Mas callad... oigo rumor

En la maleza. ¿Quién va?

*Rod., dentro.* Yo, hermano.  
*Teud.* ¿Es él?

*Rom.* Aquí está.

### ESCENA III.

ROMANO, TEUDIA; DON RODRIGO,  
ENVUELTO EN UNA ESPECIE DE CLAMIDE  
LARGA Y ENTRANDO DISTRAIDO COMO MEDI-  
TANDO.

*Rom.* Me habíais puesto en temor.  
(*A Don Rodrigo.*)

*Rod.* Gracias.

*Rom.* ¿Os perdisteis?  
*Rod.* No.

*Rom.* ¿Visteis el nublado?  
*Rod.* Sí.

*Rom.* ¿Y dónde ibais?  
*Rod.* ¡Qué se yo!

*Rom.* Traeréis frio.  
*Rod.* Así, así.

*Rom.* Calentaos pues.  
*Rod.* Sí haré.

(*Al acercarse al fuego ve á Teudia que  
escucha vuelto de espaldas á ellos.*)

*Rod., aparte á Rom.* ¿Pero quién con  
vos está?

*Rom.* Un viajero, que poco há  
Llegó aquí.

*Rod.* ¿Quién es?  
*Rom.* No sé.

*Rod.* No os fleis de ningun hombre.  
La doblez y la traicion

Abriga en el corazon  
El de mas prez y mas nombre.

*Rom.* Mas ved...  
*Rod.* Yo sé lo que digo;

Preguntadle el suyo á ese,  
Y veré, mal que le pese,

Si es amigo ó enemigo.

*Rom.* De nosotros ¿y porqué?  
¿A quién jamás ofendimos?

*Rod.* Todos, padre, delinquimos:  
Ved de hablarle.

*Rom.* Sí qué haré.  
*Teud.* (No me gusta ese misterio  
Con que platican los dos.

Estaré alerta, por Dios,  
Que puede ser lance serio)

(*Don Rodrigo va hácia el fuego, y aparta  
á Teudia para poner su banquillo.*)

*Rod., á Teudia.* Hacedos, buen hombre,  
allá.

*Teud.* (Pues gasta gran cortesia.)

*Rom., aparte á Teudia.* Quiere ese sitio,  
es mania.

*Teud.* Bien hace; en su casa está.  
(Mas ahora que bien le miro,

No es esta la vez primera  
Que he visto esa faz severa...)

¡Gran Dios! ¡qué idea...! ¡eh! deliro.)  
(*Un espacio de silencio.*)

*Rom., á Teudia.* Callado estais.  
*Teud.* ¿Qué

quereis!  
¿De qué os tengo yo de hablar?

*Rom.* ¿Una historia no sabeis  
Que podernos relatar?

*Teud.* Sé tantas, que duraria  
Mi relato un año entero:

Mas hoy mentarlas no quiero,  
Que es para mi aciago dia.

*Rod., con viveza y aire sombrío.* Tam-  
bien para mi lo es.

*Teud.* (Id.) Y para todo español  
Lo será mientras el sol

Alumbre.  
*Rod., agitado.* Decidme, pues.

¿Con que es hoy un dia aciago  
Para España?

*Teud.* ¿Si por Dios!  
Qué, ¿no ha llegado hasta vos

La noticia de ese estrago?

*Rom., queriendo interrumpirle.* En este  
desierto hundidos...

*Rod., interrumpiéndole.* Dejadle, ¡pese á  
mi estrella! (*A Romano.*)

Dejadle que me hable de ella  
Aunque hiera mis oidos.

¿Habeis en España estado? (*A Teudia.*)  
*Teud.* Bajo su cielo he nacido.

*Rod.* ¡Ay! nacer os ha cabido  
En pais bien desdichado.

¿Qué pasa hoy en él?  
*Teud.* ¿Qué pasa?

Presa es de gente salvaje  
A quien rinde vasallage

Y que la asuela y la arrasa.  
Por dar entrada en su pecho

A una venganza de amor,  
Ha abierto un conde traidor

A los moros el estrecho.



Rod. Obró bien villanamente,  
Sí; ¡tómeme Dios en cuenta  
A su rey tan torpe afrenta,  
Tan gran traición á su gente!  
Teud. Dicen que audaz le ultrajó  
En su hija el rey Don Rodrigo.  
Rod. Mas si era el rey su enemigo  
No lo era su reino, no.  
Teud. Con moros hizo su flete,  
Y hoy hace años que en Jerez  
Se ahogó España de una vez  
En el turbio Guadalete.  
Rod. Sí, allí lo perdimos todo;  
Debajo de su corriente  
Yace vergonzosamente  
La gloria del reino godo.  
¡Maldito quien fué concordia  
Con los árabes á hacer,  
Y maldita la muger  
Ocasión de la discordia!  
Teud. ¡Sabeis esa historia!  
Rod. Sí. } (Crecien-  
do el in-  
terés en  
ambos.)  
Y me prensa el corazón.  
Teud. También á mí.  
Rod. Y con razón.  
Teud. Sí, que su víctima fui.)  
Rod. Yo también.  
Teud. ¿Sois vos de España?  
Rod., reservándose de repente y con se-  
quedad. No lo sé.  
Teud., afanoso. Vos...  
Rod. Basta ya.  
Teud. No, que atezando está  
Mi memoria idea estraña...  
Yo en Guadalete me hallé.  
Rod. ¿Conmigo?  
Teud. ¿Con vos? ¡Dios mío!  
Hundirse le vi en el río  
Y á ayudarle me arrojé,  
Pero ya no le vi mas.  
Rod. ¡Teudia!  
Teud. ¿Señor? (Queriendo arrodillarse.)  
Rod. ¡Alza, necio!  
Del mundo soy ya desprecio.  
Teud. Pero de Teudia jamás.  
Rod. Padre, un escaso momento  
Dejadnos solos.  
Rom., á Teudia. Por Dios,  
No le esciteis mucho vos.  
Teud. Descuidad: de su contento  
No son escesos estraños,  
Que somos amigos viejos  
Y de nuestra patria lejos  
Nos vemos, tras largos años.  
(Romano entra en el interior de la cabaña  
por la izquierda.)

## ESCENA IV.

DON RODRIGO, TEUDIA. (Llueve.)

Rod. Háblame de mi España, Teudia  
amigo,  
Háblame de ella tú, que fuiste el solo  
En quien traición tan fea no halló abrigo,  
En quien tu pobre rey no encontró dolo.  
Dime, ¿conserva aun el pueblo hispano  
Recuerdo alguno de la antigua gloria?  
¿Qué piensa del vencido soberano?  
Teudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?  
Teud. No me lo preguntéis.  
Rod. ¡Ah! te comprendo:  
Me culpa solo á mí.  
Teud. Sois el vencido.  
Rod. Desengaño es á un rey duro y tre-  
mendo.  
¿Con que solo me dan...?  
Teud. Mengua ú olvido  
Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.  
¿Y cómo os hallo aquí?  
Rod. Triste es mi historia,  
Teudia.  
Teud. Y la mía.  
Rod. Y yo ¿cómo te hallo  
Teud. Huyendo de los moros.  
Rod. ¿La victoria  
Llevan?  
Teud. Ya es nuestro pueblo su vasallo.  
Rod. ¡Tierra infeliz!  
Teud. Sí, á fé. Toda la ocupan  
Esos infieles ya.  
Rod. ¿Ya nada resta?  
Teud. Un rincón en Asturias dó se agru-  
pan  
Los que escaparon de la lid funesta.  
Rod. ¿Pero podrán allí...?  
Teud. No pueden nada,  
Por mas que de ira y de venganza rayo  
Levantó su pendón con alma osada  
Vuestro valiente primo Don Pelayo.  
Rod. ¿Y mis nobles con él?  
Teud. No, no hay ninguno.  
Rod. ¿Ninguno dices?  
Teud. Perecieron todos  
A manos de los moros uno á uno.  
Rod. ¿Qué resta pues de los ilustres godos?  
Teud. Vos y yo nada mas; porque no  
cuento  
Al que con vil traición nos ha vendido.  
Rod. ¿Aun vive Don Julian?  
Teud. Para escarmiento  
De los que á sus contrarios han servido.  
Rod. ¡Vive! ¿y que es ora de él?  
Teud. En una torre

Estuvo largo tiempo, mas con maña  
Huyó de allí... Su estrella le socorre.  
Rod. Sí, sí; mi estrella tan fatal á España.  
¡Ay! bien mi corazón me lo decía:  
¡Su estrella marcha con la estrella mía!  
Teud. ¿Qué es lo que habláis, señor?  
Rod. Es mi secreto.  
No para tí, de mi amistad objeto.  
Es agüero fatal que á fin terrible  
De mi existencia el término ha sujeto.  
Teud. ¡Y en agüeros creéis! es imposible.  
Rod. Teudia, son los destinos celestiales  
Inmutables, y es justo su castigo  
Para los que han causado tantos males  
En la tierra cual yo.  
Teud. Soñais, os digo.  
El noble osado que su suerte afronta  
Hace cejar á su enemiga suerte  
O halla tranquilidad segura y pronta  
En el reposo de gloriosa muerte.  
Eso es superstición.  
Rod. Ya yo sabia  
Que el necio mundo así lo llamaría.  
¡Mas ¡ay! que es la verdad!  
Teud. Y á ese villano...  
Rod. El cielo, de los godos enemigo,  
Para que acabe al fin, guarda su mano  
Con todos de una vez dando conmigo.  
Teud. ¡Ay si yo doy con él! En la frontera  
Le perdí.  
Rod. ¿Le seguís?  
Teud. Desde el día  
Que vi frente á las nuestras su bandera,  
Vengar de ello juré á la patria mía.  
Y de soldado suyo disfrazado,  
De aventurero ya, ya de mendigo,  
Fuí su sombra dó quier, dó quier he estado  
De él en acecho y la traición conmigo.  
Mas un poder oculto le defiende;  
Jamás en ocasión hallarme pude.  
Rod. En vano, sí, tu lealtad pretende  
Que el cielo en ello vengador te ayude.  
Teud. ¡Ay si me vuelvo á ver sobre su  
huella!  
¡Ay si algun día mi furor le alcanza!  
No ha de valerle contra mí su estrella.  
Será como él traidora mi venganza.  
Rod. No, Teudia, es imposible... inútil  
brijo.  
Oye, y esta conserva en tu memoria  
Página triste de mi triste historia.  
Al salir de las aguas de aquel río  
Dó me vistes caer sin la victoria,  
Y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,  
Abandoné el caballo y la armadura,  
Cambié con un pastor mi vestidura,  
Y con todo el pesar del vencimiento

Despechado me entré par la espesura  
Cual de esperanzas ya, faltar de aliento.  
¡Cuánto, Teudia, sufrí! Triste, perdido,  
De mi reino crucé por las llanuras  
En hambre y soledad, como un bandido  
Que huyendo de la ley camina á oscuras.  
Era la hora en que la luz se hundía  
Tras las montañas y la niebla densa  
Por todo el ancho de la selva umbría  
Iba tendiendo su cortina inmensa.  
Con el cansancio y el temor y el duelo  
Fiebre traidora me abrasaba ardiente,  
Sin ver dónde acudir en aquel suelo  
En que nunca tal vez habitó gente.  
Cuanto con mas esfuerzos avanzaba,  
Viendo si al llano por dó quier salía,  
Mas la selva á mis pasos se cerraba,  
Mas en la negra soledad me hundía.  
Un vértigo infernal apoderóse  
De mi alma... y sin luz, y sin camino,  
A mi exaltada mente presentóse  
Toda la realidad de mi destino.  
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,  
En mi raza estinguido el reino godo,  
Sin esperanza, sin honor, sin nombre,  
Perdido, Teudia, para siempre todo.  
¡Cuán odioso me vi! Despavorido  
A pedir empecé con grandes voces  
Auxilio en el desierto, mas perdido  
Fué mi acento en las ráfagas veloces  
A espirar en los senos del espacio...  
Y á impulso entonces del furor interno,  
Maldiciendo mi estirpe y mi palacio,  
Con sacrilega voz llamé al infierno.  
Teud. ¡Cielos!  
Rod. Y él me acudió: sulfúrea  
lumbre  
Rauda encendió relámpago brillante,  
Y en mi pecho siniestra incertidumbre.  
Sentí algo junto á mí, miré un instante,  
Y á la sulfúrea luz, monge arrebatado  
A mi lado pasó, y á su presencia  
Tembló mi corazón, cedió mi brio.  
Pedile amparo, mas fatal sentencia  
Me fulminó diciendo: «¡Vaga, impío,  
Que él, á quien deshonró tu incontinencia,  
Vendrá de crimen y vergüenza lleno  
Con tu mismo puñal á hendir tu seno!»  
Dijo: y por entre la niebla arrebatado  
Huyó el fantasma y me dejó aterrado.  
Teud. Sueño vuestro, fantasma peregrino  
Fué de la calentura abrasadora.  
Rod. No, Teudia, voz de mi fatal destino.  
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,  
Teudia, no hay para mí paz ni reposo,  
Dó quiera el paso sin piedad me cierra  
Ese espectro á mi raza peligroso.  
Ves el puñal que cuelga en mi cintura,



Con él me ha de matar, es mi destino;  
Teudia, no hay tierra para mí segura,  
Ese hombre ha de bajar por mi camino.

*Teud.* ¡Y eso creéis...! Calládselo á la gente,

Y toleradme en paz esta franqueza.  
Mas vuestra vida austera y penitente  
Amenguó de vuestra alma la grandeza  
Y amenguó la razon de vuestra mente.

*Rod.* Tiene en mi corazón sacro prestigio,  
Teudia, te lo confieso, y me amedrenta  
Aquella predicción y aquel prodigio.

*Teud.* ¡Prodigio lo llamas! ¿Y no os afrenta

Tan vil superstición?

*Rod.* Sea en buen hora,  
Mas creo en ella; á ser fascinadora  
De la mente aprensión desapareciera  
Con el tiempo; el ayuno y el cilicio  
Arrancado á la mente se la hubiera.

*Teud.* La arrancara mejor trompa guerrera

Y de la lid revuelta el ejercicio.

Eso cumple mejor á vuestra raza,  
En vez de esta cabaña y ese sayo,  
La blanca tienda y la ferrada maza  
Y el bruto cordobés hijo del rayo.

Sí, mientras viva Teudia y por amigo  
Queráis tenerle, con bizarro alarde  
Os dirá, de la paz siempre enemigo,  
Que el noble que no lidia es un cobarde.

*Rod.* ¡Traidor!

*Teud.* ¡Hola! vuestra alma se despierta

A la voz del honor; así os quería:  
Veo que aun vuestra sangre no está muerta  
Y alienta el corazón con hidalguía.  
Escuchadme, señor, y ved despacio  
El peso y la razón de lo que os digo,  
Que es mengua, sí, que quien nació en palacio

Aguarde con pavor á su enemigo.  
Perdido estais, sin esperanza alguna,  
No hay para vos ni fuerza ni derecho,  
No hay para vos ni gente ni fortuna:  
El moro vuestro ejército ha deshecho  
Y atropelló á la cruz la media luna:  
Mas hay un corazón en vuestro pecho  
Que á vuestro antiguo honor cuentas de-  
mande,

Y un corazón de rey debe ser grande.  
Si á las manos morir es vuestro sino  
De ese conde traidor que nos vendiera,  
La mitad evitadle del camino  
Tras el saliendo con audacia fiera.  
Provocad con valor vuestro destino,  
Con el trabajo en la lid postrera,  
Y arrostrad ese sino que os espanta

Vuestro puñal hundiendo en su garganta.  
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas;  
Mas os resta un amigo y un vasallo,  
Y las lunas del mundo no son dueñas,  
Ni es de la suerte irrevocable el fallo.  
Dejad pues el misterio de estas breñas,  
Asios de una lanza y un caballo,  
Y con caballo y lanza y yo escudero,  
Si no podeis ser rey, sed caballero.

*Rod.* Basta, Teudia; ese bético language  
Cumple á los corazones bien nacidos,  
Y en el mio despiertan el coraje  
De tus fieras palabras los sonidos.  
Sangre me pide mi sangriento ultraje,  
Sangre mis tercios en Jerez vencidos.  
Teudia, tienes razón, de cualquier modo  
Morir me cumple cual monarca godo.  
Sí, ya á mi olfato y mis oídos siento  
Que trae el aura que las tiendas mece  
El militar olor del campamento

Y el clamor de la lid que se embravece,  
Y del clarín agudo el limpio acento  
Que á los nobles caballos estremece;  
Y esa guerrera y bárbara armonía  
La preza me torna de la estirpe mia.  
Indigna es de un monarca y de un guerrero  
Esta debilidad que me avergüenza;  
De mi superstición reirme quiero,  
No quiero, Teudia, que el pavor me venza.

*Teud.* Dos sendas hay, y por cualquiera  
os sigo;

Buscar al conde y perecer vengado,  
O guareceros del pendón amigo  
Y acabar con honor como soldado.

*Rod.* Cumple eso mas al corazón que abrigo:

Teudia, olvidémonos de lo pasado,  
Y en la desgracia, de rencor ajenos,  
Bajemos á la tumba de los buenos.  
Esta arma vil que á mi existencia amaga  
Quédese aquí despues de mi partida,  
(Clava el puñal en el poste que sostiene  
la choza.)

Y quede en este tronco con mi daga  
Enclavado el misterio de mi vida.  
¿Dices que ha levantado en la montaña  
Pendón un noble, de venganza rayo?  
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra es-  
traña?

¡Lejos de mí mi penitente sayo!  
Vamos, Teudia, á lidiar por nuestra España  
Y á triunfar ó caer con Don Pelayo:  
No diga nunca el mundo venidero  
Que ni supe ser rey, ni caballero.

*Teud.* ¡Ahora os conozco, vive Dios!

*Rod.* Mañana  
Partiremos á Asturias.

*Teud.* Franco paso  
Nos dará el Portugal que nos dió asilo.

*Rod.* Hasta mañana pues; duerme tran-  
quilo.

Duerme, Teudia.

*Teud.* ¡Señor, velando acaso

Vais á quedar mi sueño!

*Rod.* Desde ahora  
No hay de los dos segundo ni primero.

*Teud.* Señor...

*Rod.* Déjame solo hasta la aurora;  
Pues no soy mas que un pobre aventurero,  
Seré en vez de tu rey tu compañero.  
(Vase Teudia al aposento contiguo de la  
izquierda.)

## ESCENA V.

DON RODRIGO.

Bien dice ese leal. Mas vale al cabo  
Caer en una lid por causa estraña,  
Que de servil superstición esclavo  
Llorar imbécil la perdida España.  
Saldré otra vez al agitado mundo  
Con mi contraria suerte por herencia,  
Velando en el misterio mas profundo  
El secreto fatal de mi existencia.  
Nada soy, nada tengo, nada espero;  
Encerrado desde hoy en mi armadura,  
Seré en mi propia causa aventurero  
Sin esperar jamás preza ni ventura.  
Mas al caer lidiando en la campaña  
Al pueblo diga mi sangrienta huella:  
« Ved, si no supo defender á España,  
Supo á lo menos sucumbir por ella. »  
Mas ¡ay triste de mí! mi pueblo mismo  
Que me tiene en horror, con frío encono  
Me verá descender hácia el abismo  
Como me ha visto descender del trono.  
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...  
Y todo es obra tuya ¡conde infame!  
Por ti ¡desprecio soy del universo:  
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.  
(Viendo el puñal.)

¡Mas, Dios santo, ahí estás! huyeme, aparta,  
Sueño fascinador, que esquivo en vano.  
Nunca de sangre de los godos harta  
Esta daga fatal busca una mano.  
La de uno de ambos... tigre vengativo,  
Sér exterminador de mi familia,  
Uno solo de entrambos quede vivo,  
Veamos el infierno á quién auxilia.  
Mi razón, mi creencia lo repele;  
Mas nunca echar de mí puedo esta idea;  
Ese día fatal ¡oh infierno! impele,  
Traénosle de una vez y pronto sea.  
Vértigo horrible el corazón me acosa,

Sed de su sangre el corazón me irrita...  
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,  
O ante mis ojos ven, sombra precita!  
(Abrese la puerta con impetu, y al par  
que ilumina el fondo un relámpago  
entra en la escena el conde Don Ju-  
lian.)

## ESCENA VI.

DON RODRIGO, EL CONDE.

*Conde.* Gracias al diablo que llegué á la  
cumbre.

*Rod.* ¿Quién es? ¿dó va? ¿qué busca?  
¿quién le traé?

*Conde.* ¡Rápido preguntar! mas si es  
costumbre

*Oid.* Un hombre, á Portugal, y lumbre  
Para secarme del turbión que caé.

¿Hay mas que preguntar?

*Rod.* Mal humor gasta.  
*Conde.* Lo mismo que pregunta le res-  
ponde.

¿Tiene algo que cenar?

*Rod.* Nada.

*Conde.* Pues basta.  
La cuestión por mi parte ha dado fondo.

(Se sienta con calma á la lumbre.)

*Rod.* Desatento venis donde os alojan.

*Conde.* Pues sin brindarme vos yo me  
aparezco,

Y esos nublados hasta aquí me arrojan,  
Ni vos me la ofreceis ni os la agradezco.

*Rod.* ¡Me obliga por mi fé la cortesía  
Mas no soy hombre que á sufrir me avengo  
Razones de tamaña altanería.

*Conde.* Tampoco yo, que despechado vengo  
Y harto estoy de la vida.

*Rod.* Y yo lo mismo.

*Conde.* Yo tras la muerte con deseo insano  
Debo partir mañana muy temprano.

*Rod.* Y yo tambien.

*Conde.* ¿Y adónde?

*Rod.* A España.

*Conde.* De ella  
Vengo.

*Rod.* ¿Sois de ella?

*Conde.* Por desdicha mia.

*Rod.* Cúpome á mí tambien tan mala es-  
trella.

*Conde.* Que la mia peor nunca seria.

*Rod.* Puede que sí.

*Conde.* Lo dudo.

*Rod.* Allí he perdido

Cuanto amé.

*Conde.* Yo tambien.

*Rod.* Padres, hermanos...

*Conde.* Yo tambien.



Rod. Mis amigos me han vendido.  
 Conde. También á mi.  
 Rod. Fui mofa á los villanos.  
 Conde. También yo  
 Rod. Y el honor de mis blasones  
 Ultrajó un hombre vil.  
 Conde. Y otro los míos.  
 Rod. Yo he tenido que huir.  
 Conde. Como ladrones  
 Nos desbandamos sin poder ni brios  
 Mis soldados y yo. Todos ingratos  
 Me han sido á mi.  
 Rod. Y á mi todos traidores.  
 Conde. Nada espero.  
 Rod. Ni yo. Mas pienso á ratos  
 En venganzas horribles.  
 Conde. No mayores  
 Que las mías serán.  
 Rod. ¡Oh! Sí. Son tales  
 Que vértigos terribles me producen.  
 Conde. Los míos á la rabia son iguales.  
 Rod. Y los míos á España me conducen  
 Nada mas que á morir.  
 Conde. Y á mi lo mismo :  
 Voy á buscar un hombre á quien detesto,  
 Y ante uno de los dos se abre el abismo.  
 Rod. Yo busco á otro hombre para mi  
 funesto,  
 Y guardo ese puñal de mi familia  
 Que del uno es el fin de todos modos.  
 (El conde lo mira y lo reconoce. Esto  
 depende de los actores.)  
 Conde. ¿Es tuyo ese puñal?  
 Rod. Sí.  
 Conde. ¡Dios me auxilia!  
 Ese hierro es la muerte de los godos.  
 Rod. Godo soy.  
 Conde. Yo también, mas su enemigo.  
 Rod. ¿Quién hará de ello ante mi vista  
 alarde?  
 Conde. ¡Tú eres el torpe rey...!  
 Rod. ¡Tú el vil cobarde...!  
 Conde. Yo el conde Don Julian.  
 Rod. Yo Don Rodrigo.  
 (Quedan un momento contemplándose.)  
 Conde. Nos hallamos al fin.  
 Rod. Sí, nos hallamos.  
 Y ambos á dos, execración del mundo,  
 La última vez mirándonos estamos.  
 Conde. Eso apetece mi rencor profundo.  
 Mirame bien : sobre esta faz, Rodrigo,  
 Echaron un baldon tus liviandades,  
 Y el universo de él será testigo,  
 Y tu torpeza horror de las edades.  
 Rod. Culpa fué de mi amor la culpa mía,  
 De Florinda me abona la hermosura;  
 Mas ¿quién te abonará tu villanía?

Conde. De mi misma traicion la desven-  
 tura.  
 Deshonrado por tí, perdilo todo :  
 Mas no saciaba mi venganza fiera  
 Tu afrenta nada mas, menester era  
 Toda la afrenta del imperio godo.  
 Rod. ¡De un traidor como tú fué digna  
 hazaña!  
 Cumplieras con tus viles intenciones  
 Yendo á matarme con silencio y maña,  
 O contra mi sacaras tus pendones  
 Y bebieras mi sangre en la campaña,  
 Mi corazon echando á tus legiones;  
 Mas no lograras con tan necio encono  
 Vender á España, por hollar mi trono.  
 Conde. Todo lo ansiaba mi tremenda  
 saña;  
 No hartaba mis sangrientas intenciones  
 Beber tu sangre con silencio y maña,  
 O en contra tuya levantar pendones;  
 Dar quise tu lugar á estirpe estraña  
 Y tu raza borrar de las naciones :  
 Eso queria mi sangriento encono,  
 Vender tu reino y derribar tu trono.  
 Rod. ¡Y lo lograste!  
 Conde. Sí, logré que al cabre  
 El mundo á ambos á dos nos aborrezca,  
 Y á tí de torpes vicios por esclavo,  
 Y á mi por mi traicion nos escarnezca.  
 Rod. ¡Tanta maldad de comprender no  
 acabo!  
 Conde. Hice mas.  
 Rod. Imposible es ya que crezca  
 Tu infamia.  
 Conde. Escucha pues ¡oh rey Rodrigo!  
 A cuánto llega mi rencor contigo.  
 Yo solo quedo de mi raza : presa  
 Los demas de los moros, á pedradas  
 Fué muerta ante mis ojos la condesa,  
 Y á la mar arrojados á lanzadas  
 Mis hijos de Tarifa en la sorpresa :  
 Mas te traigo una nueva que pagadas  
 Todas me deja las desdichas mías;  
 Supe tiempo há que en Portugal vivias.  
 Rod. ¡Dios!  
 Conde. Por un monge que te halló  
 en la selva.  
 Rod. ¡Un monge! (Con temor.)  
 Conde. Sí, mi hermano, cuyos votos  
 Le impiden hoy que contra tí se vuelva,  
 Mas cuya astucia para siempre rotos  
 Los anillos dejó de mis cadenas  
 Para seguir tus pasos noche y dia,  
 Y para que la sangre de tus venas  
 La mancha lave de la afrenta mía.  
 Rod. ¿Y es cierto? ¿y ese monge era tu  
 hermano?

## ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIAN,  
 TEUDIA, ROMANO.

Teud. ¡Mientes! aun queda quien su  
 honor repare  
 Y del traidor al infeliz separe.  
 (Da al conde un golpe mortal, y cae.)  
 Rod. ¡Teudia!  
 Teud. Señor, cumplí conmigo mismo,  
 Que al vengaros á vos vengué á la España.  
 Rod. ¡Gracias, Teudia! hoy me arranca  
 tu heroismo  
 Mi ruin supersticion á un noble estraña.  
 Si, mi pavor con él baje al abismo :  
 Partamos con Pelayo á la montaña,  
 Y logremos ¡oh Teudia! por lo menos  
 Morir en nuestra pátria como buenos.  
 (A Romano.)  
 Padre, dad á ese tronco sepultura  
 Donde repose en paz : mi justo encono  
 No pasa, no, de su mansion oscura,  
 Aunque el honor de España esté en mi abono.  
 Yo vuelvo al campo á la pelea dura,  
 Y aunque muera sin huestes y sin trono,  
 Siempre ha de ser para quien muere hon-  
 rado  
 Tumba de rey la fosa del soldado.  
 (Vase con Teudia, y cae el telon (1).)

(1) En el tomo tercero de esta edicion, se hallará  
 una continuacion del Puñal del Godo, titulada la  
 Calentura.

¿Era un hombre no mas? ¡no era un fan-  
 tasma!  
 ¿Nada habia en su sér de sobrehumano?  
 Conde. ¡Que tal preguntes en verdad me  
 pasma!  
 Él me salvó y me dijo : « Vé á buscarle,  
 Mas, hermano mio, antes de matarle  
 Dile que su castisima Egilona  
 Con su amor ha comprado otra corona. »  
 Rod. ¡Mi esposa!  
 Conde. Sí, Abdalasis te la quita,  
 O por mejor decir vendiósele ella,  
 Y bien la raza en que nació acredita,  
 Y de su esposo bien sigue la huella.  
 (Con mofa.)  
 Una reina cristiana favorita  
 De un árabe... ¡oh, nació con brava estrella!  
 No penes pues por tan leal matrona,  
 Que esposo no la falta ni corona.  
 Rod. Basta, basta, traidor : la estirpe  
 goda  
 Deshonrada por tí, por tí vendida,  
 Clama sedienta por tu sangre toda.  
 (Don Rodrigo va á coger el puñal que  
 está clavado en el poste, pero el conde  
 Don Julian se adelanta y lo toma. Don  
 Rodrigo retrocede dos pasos con super-  
 sticioso temor.)  
 Conde. Con la tuya á la par sea vertida.  
 El mismo cieno nuestro timbre enloda,  
 La misma tumba nos dará cabida.  
 (El conde se arroja sobre Don Rodrigo,  
 mas Teudia se presenta de repente en-  
 tre los dos con la hacha de armas em-  
 puñada.)